

El algoritmo de la ansiedad: contenidos, tiempo y espacio en la cultura digital

“El reloj, no la máquina de vapor, es la máquina clave de la moderna edad industrial” (Mumford, 1992), advierte con sagacidad y audacia intelectual el urbanista norteamericano Lewis Mumford. Quizá sea esta la línea más famosa de su reconocido libro *Técnica y civilización*, escrito a comienzos de la década de 1930. La apuesta del primer capítulo de aquel trabajo es caracterizar el proceso de “preparación cultural” que posibilitó el origen del ordenamiento científico-tecnológico moderno y que según su punto de vista estuvo listo hacia la mitad del siglo XVIII pero comenzó mucho antes. Mumford rastreó la genealogía que determinó un inédito vínculo del hombre con el tiempo y con el espacio, la novedosa aplicación de métodos cuantitativos de pensamiento para estudiar la naturaleza se expresó en primer término en la “medida regular del tiempo” que dio lugar a un “concepto mecánico del tiempo”; el reloj, dice, “no es simplemente un medio para controlar las horas, sino también para sincronizar las acciones de los hombres” (Mumford, 1992), es un pulso colectivo, un latido social. Mumford ubica el surgimiento de estas manifestaciones en la rutina de los monasterios benedictinos que ya desde el siglo VII decretaron las horas canónicas para dividir el día. Hacia el siglo XIII las ciudades, con la aparición del reloj mecánico, adoptaron y masificaron las divisiones de cada jornada. Por otro lado, señala, el descubrimiento de las leyes de perspectiva, durante el Renacimiento, posibilitó la sustitución de un espacio entendido a partir de “jerarquías de valores” por un “sistema de magnitudes”, con ello no sólo cambiaron radicalmente las representaciones pictóricas y la arquitectura sino que además revolucionó la cartografía ampliando los alcances de la navegación como nunca antes. La comprensión de las cosas partió desde entonces de poder situarlas espacial y temporalmente, y con este logro comenzó precisamente la “conquista del tiempo y el espacio” (Mumford, 1992). Seguramente no sea casualidad que Filippo Brunelleschi, famoso por haber diseñado y construido una de las joyas más bellas y características del Renacimiento italiano tras definir los principios de la perspectiva

lineal, la cúpula de la catedral de Florencia¹, haya realizado previamente experimentos con ruedas, engranajes y pesas y fabricado relojes, entre ellos uno de los primeros despertadores de la historia. Para Filippo tiempo y espacio podían cuantificarse y sus ideas y experimentos se correspondían con el nuevo modo de entender y transformar el mundo.

Algunos años después que Mumford, la filósofa Hannah Arendt publicó, en 1948, su obra *La condición humana*. Allí sostiene que la Época Moderna está determinada por tres grandes acontecimientos: el descubrimiento de América, la Reforma protestante y, esta es la aseveración que nos convoca centralmente, la invención nada más y nada menos que del telescopio. Este fue un objeto cardinal porque posibilitó el desarrollo de “una nueva ciencia que considera la naturaleza de la Tierra desde el punto de vista del universo” (Arendt, 2009). El telescopio de Galileo “puso al alcance de la criatura atada a la Tierra y de su cuerpo sujeto a los sentidos lo que siempre había parecido estar más allá de sus posibilidades, abierto a lo sumo a las inseguridades de la especulación e imaginación” (Arendt, 2009). El reloj y telescopio han sido, entre otros, dos inventos claves y paradigmáticos para el desarrollo de la subjetividad moderna y capitalista (Mundo, 2021).

Sin embargo, el orden del mundo que describieron Mumford y Arendt ya no es el nuestro, no vivimos los días de la modernidad clásica. Habitamos “un régimen conectivo de existencia” (Valle, 2022) que no tiene precedentes. La temporalidad se ha transformado. Quizá sea Jonathan Crary quien mejor ha descrito la mutación que atravesamos con su metáfora sobre un tiempo 24/7. Para Crary la vida humana se inscribe actualmente en “una duración sin interrupciones, definida a partir del funcionamiento continuo. Se trata de un tiempo que no pasa que está más allá del tiempo medible del reloj” (Crary, 2015). A esa temporalidad Agustín Valle la llama *Actualidad* y la describe como un dispositivo de dominación, que nos sujeta a “un régimen quemante de estrés y miedo” y nos arrebató del presente (Valle, 2022).

La espacialidad también es otra, se puede decir que se ha desdoblado o quizá sea más adecuado asumir que se ha “eclipsado” (Ferrer, 2021). Vivimos en la tierra y en la “nube”, estas “fronteras entre lo que parecía dissociar lo real de lo virtual se están

¹ <https://www.youtube.com/watch?v= IOPIGPQPuM>

desdibujando. Ahora tienden a ensamblarse en un todo esférico” (Ferrer, 2021). Sin embargo no debemos soslayar que lo virtual tiene un correlato material y palpable en los servidores que almacenan los datos que ofrecemos cuando navegamos en *Google*, hacemos compras en *Mercado Libre* o subimos fotos y videos a *Instagram* (Costa, 2021). Datos que nosotros producimos pero no sólo desconocemos sino que tampoco capitalizamos. Los brindamos permanentemente, porque aunque no estemos comprando, jugando, trabajando o tuiteando contenidos las veinticuatro horas ya no hay tiempo ni lugar en el que si quisiéramos hacerlo no podamos. El nuevo régimen invade, inunda y transforma al espacio y al tiempo. Vivimos encerrados en un afuera de las redes sociales que se sostienen en un “doble y contradictorio anclaje”, mientras se muestran como una narración “flexible y descontracturada”, habilitan la “recopilación y tabulación casi absoluta de cada una de las acciones de cada perfil” (Martínez y Sarchman, 2021). Martínez y Sarchman denominan a este proceso como la “punta del iceberg” de un fenómeno más profundo que toma “elementos de la vigilancia moderna y la combina con formas más volátiles de la subjetividad contemporánea”, las investigadoras sostienen que debajo del mar se oculta una estructura gélida y ¿de qué se compone ese hielo que no vemos? Según ellas, “si hiciéramos un corte encontraríamos que la base no sólo se sostiene en la *algoritmización* de la vida diaria, sino también en los lazos sociales y afectivos. Algo así como un componente suplementario que le da sentido a las prácticas”, un fuego en el corazón helado de los dígitos. Asistimos a un nuevo tipo de capitalismo, subrayan estas autoras, desplegando razonamientos a partir de las ideas de Eric Sadin y Peter Sloterdijk, un “biocapitalismo, cuyo insumo primario, como dirá Paul B. Preciado, son las fuerzas libidinales, la potencia del goce” (Martínez y Sarchman, 2021).

¿Cuál sería entonces el objeto característico de una era marcada precisamente por el borramiento acelerado de los objetos y la fetichización creciente de las no-cosas (Han, 2021)? Nos animamos a aventurar que es el teléfono inteligente, este dispositivo ha llegado para modificar y monopolizar nuestro vínculo no sólo con el tiempo y el espacio sino también con los otros. “Los celulares son artefactos no solo comunicacionales (“teléfonos”) sino, también, y acaso, sobre todo, cronométricos (y cronopolíticos: ordenan la temporalidad de la vida)” (Valle, 2022). Ya no es el reloj quien marca las horas, sino el scroll de la pantalla. Una pantalla que no descansa.

Podemos prescindir de casi cualquier cosa de uso diario y vivir aislados de los demás mientras tengamos el celular cerca. La pandemia fue una confirmación forzosa, estricta y excesiva de esta condición, produjo un “shock de virtualización”, “un salto de escala en nuestra relación con el mundoambiente, que se venía macerando al menos desde mediados del siglo pasado” (Costa, 2021). Necesitamos constatar la cercanía de nuestro dispositivo móvil como si se hubiera vuelto un órgano vital y en gran medida lo es, “muchos refieren escuchar su sonido o sentir su vibración aún cuando no está, de la misma manera que los amputados refieren a los miembros fantasmas” (Martínez y Sarchman, 2021). El celular nos lleva camino a disolver progresivamente la división sujeto-objeto o al menos a ponerla en jaque. Aún lo vemos como un aparato externo, sin embargo funciona cada vez más como un alter-ego y, si complejizamos un poco más este razonamiento, podemos llegar a afirmar que “en lugar de ser estos artefactos de comunicación extensiones del cuerpo individual, nuestro cuerpo individual sería una suerte de extensión de las tecnologías globales de la comunicación a las que alimenta constantemente con una multitud de datos en tiempo real, componiendo con ellas nuevas unidades” (Martínez y Sarchman, 2021). El teléfono móvil inteligente evidencia un proceso complejo y creciente de “vitalización de la técnica” (Costa, 2021), su tamaño y características han conseguido como ninguna otra máquina hasta el momento producir en nosotros una “familiaridad carnal” (Martínez y Sarchman, 2021). Opera como acompañante y asistente en múltiples tareas cotidianas y en otras lo requerimos como un doble, con él pagamos las compras, presentamos nuestros certificados de vacunación y paulatinamente se convierte en el dispositivo mediante el que legitimamos nuestra identidad, opera crecientemente como el anclaje digital de nuestro cuerpo. “El número telefónico es la identidad digital y la adscripción a un servicio de correo electrónico deviene la llave de acceso al mundo de las aplicaciones estructurando la simbiosis humano-maquinica” (Martínez y Sarchman, 2021). Si lo perdemos o nos lo roban, corremos a comprar uno nuevo apresuradamente y al obtenerlo le entregamos desesperadamente las claves de acceso a nuestras cuentas para que proceda a “clonar” al anterior aparato. Gestación que nos apabulla y asombra por partes iguales y a veces conlleva varias horas de procesamiento en las que el nuevo dispositivo almacena y ordena toda la información que contenía su predecesor hasta que alumbra la réplica. Parece estar cerca la posibilidad de que accedamos voluntariamente a incorporarnos el dispositivo bajo la piel para no separarnos de él nunca.

El *Smartphone* nos mantiene unidos a lo más importante, conectados con el flujo permanente de discursos e imágenes que nos proporciona su pantalla. Nos referiremos a la conjunción de estos dos conceptos, imágenes y discursos, utilizando la definición de contenidos y creemos que son ellos quienes dan forma a las narrativas de cada época. Estamos atravesados por la producción y recepción de contenidos permanente. Nos vemos en la obligación de decir y mostrar y también en un imperativo de consumir contenidos fragmentarios y volátiles sin interrupción. “Casi todo el tiempo no sé qué decir y constantemente me piden que diga algo” (Enriquez 2020), confesaba Mariana Enriquez en un artículo testimonial, titulado *La ansiedad*, durante el inicio de la pandemia cuando se fastidiaba a los escritores para que dieran notas y opiniones respecto del acontecimiento. Esta solicitud desbordante de exhibición y visibilidad no somete y angustia únicamente a escritores y periodistas, todo sujeto se ve compelido a sostener prácticas comunicativas constantes, forzado a constituirse en “emisor continuo de señales, como obra viviente, que se experimenta, se expresa, se juzga y actúa sobre sí, en parte, en el lenguaje del espectáculo. Y se entrena como creador de su propia audiencia” (Costa 2021). Hay una necesidad de confirmar el presente mediante fotos y dichos que compartimos en redes sociales a cada rato, muy diferente a modos previos de producción que se relacionaban con una documentación del pasado (Foncuberta, 2010). Y, a su vez, una imposición por verlo todo todo el tiempo.

La ansiedad es un estado mental que se caracteriza por una gran inquietud, una intensa excitación y una extrema inseguridad, nos mantiene alertas y con el campo de percepción aumentado. La ansiedad desplaza, ¿a qué desplaza?, quizá a la angustia, a la confrontación con lo real, esa que enraíza en el síntoma. ¿Y cuál es el síntoma de nuestra época?, ese que todos repetimos cada día, a cada rato: la búsqueda desesperada del celular. Tocar, constatar allí; estamos vivos, estamos conectados, estamos disponibles. Ligados al torrente vital y continuo de contenidos que nos mantiene en un limbo de consumo. El celular se adapta a nuestra mano, no ofrece resistencia, tenemos incorporado el gesto del recorrido del patrón de desbloqueo, deslizamos nuestro dedo cientos de veces diariamente recorriendo ese camino en la pantalla brillante y pulida del dispositivo. “Plateada y lunar. Remotamente digital. No tiene que hacer bien, no tiene que hacer mal. Es inocencia artificial”, dice Charly García en una canción compuesta en 2017, se trata de *La Máquina de ser feliz*, que cierra con la línea “la tiene el Papa, la tengo yo”, ¿será el *Smartphone* esa máquina? Agustín Valle sostiene que el celular es

“heredero activo del rosario católico. Objeto que ante la zozobra existencial tocamos y al que nos aferramos para reconfirmarnos que existimos, que sí, acá estamos: nuestra existencia se verifica constatando nuestra conexión con el más allá. Y, además, el rosario conectaba, a su modo, con una temporalidad: la temporalidad divina, eterna, que nos elevaba de las desventuras de lo finito y corrompible” (Valle, 2022). Han añade que la positividad que brinda el celular en su estética no se limita solo a su formato externo. Para el filósofo norcoreano, la comunicación que se lleva a cabo mediante el aparato también implica una lógica de “lo satinado, lo pulimentado”, aquello que se amolda y adapta sin daño, sin herida, sin confrontación, porque la mayor parte del intercambio en redes es positivo, pasa por dar y recibir *likes* (Han, 2015).

La realización de noticias desde los grandes medios también se corresponde con una sobreproducción incesante a la caza de mayor cantidad de ingresos a cada portal periodístico. En las redacciones le llaman “notas hijas”, los editores sostienen que para cosechar más clicks hay que diversificar un mismo tema “madre” en muchas más notas con detalles sobre el mismo asunto. “Pienso corto”, decía Mariana Enriquez en su artículo pandémico, así funcionamos, fragmentariamente, en permanente actualización porque es así como se sostiene el régimen de conectividad, una frecuencia corta para que nunca soltemos el dispositivo y miremos otro video más o leamos otro tuit y miremos la siguiente historia de *Instagram*... Los contenidos se solapan unos sobre otros como el juego de manos que practicábamos de chicos, poniendo una mano encima de la otra y llevando siempre la de abajo de nuevo encima y así otra vez hasta el infinito. ¿Incansablemente?, o quizá sea esto lo que nos tiene tan “quemados” y “agotados”. Crary lo denomina “la simulación continua de lo nuevo” que podría traducirse en un “cambiamos continuamente para que nada cambie”, el capitalismo toma la apariencia de la innovación permanente mientras oculta que las relaciones de poder y control permanecen fijas, inmutables (Crary, 2015). Los pobres cada vez más pobres, los ricos cada vez más ricos.

Bibliografía:

Arendt, Hannah, *La condición humana*, Paidós, México, 2009.

Crary, Jonathan, *24/7 El capitalismo tardío y el fin del sueño*, Paidós, Buenos Aires, 2015.

Costa, Flavia, *Tecnoceno*, Editorial Taurus, Buenos Aires, 2021.

Enriquez, Mariana, “La ansiedad”, en *Revista de la Universidad de México*, junio-2020. Disponible en: <https://www.revistadelauniversidad.mx/articles/41725f69-40a0-4229-b7d2-8bc714717cd2/la-ansiedad>.

Ferrer, Christian. Prólogo en *La imprevisibilidad de la técnica*, de Martínez, Margarita; Sarchman, Ingrid, UNR Editora, Editorial de la Universidad Nacional de Rosario, Rosario, 2021.

Foncuberta, Joan, *La cámara de pandora*, Editorial Gustavo Gili, SL, Barcelona, 2010

Han, Byung-Chul, *La salvación de lo bello*, Editorial Herder, Buenos Aires, 2015.

Han, Byung-Chul, *No-cosas*, Editorial Taurus, Buenos Aires, 2021.

Martínez, Margarita; Sarchman, Ingrid. *La imprevisibilidad de la técnica*, UNR Editora, Editorial de la Universidad Nacional de Rosario, Rosario, 2021.

Mumford, Lewis. *Técnica y civilización*, Editorial Alianza Universidad, Madrid, 1992.

Mundo, Daniel et al, LAB: “Lectura comentada de Lewis Mumford”. Actividad del Laboratorio Espacio, Tecnología y Cultura, CHI-IESCT, UNQ, 2021. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=MEcSaPU7tQM&t=1948s>

Valle, Agustín, *Jamás tan cerca*, Paidós, Buenos Aires, 2022.

